

Wenceslao Galán, *Tomarse la palabra* (Textos del Centro de Documentación Crítica, 4), Madrid, Centro de Documentación Crítica, 2018

FERNANDO LÓPEZ MENÉNDEZ

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

Wenceslao Galán, profesor de filosofía y colaborador en varias revistas de pensamiento crítico, forma parte de Espai en Blanc, un grupo de “pensamiento experimental” que desde 2002 ha publicado textos y ha organizado foros de discusión, además de otras actividades, tratando de abrir un campo de experimentación filosófica y política. Dada la importancia que Espai en Blanc –y el propio Wenceslao Galán– atribuye al pensamiento colectivo, debemos remarcar la cercanía del autor al grupo, pues es en esa relación donde podemos comprender las “armas críticas” y el trasfondo intelectual –y político– de *Tomarse la palabra*. El tema que centra los análisis de Galán en sus diferentes textos es precisamente el del lenguaje bajo la “vida dañada” del capitalismo. Esto le ha llevado a desarrollar, individual y colectivamente, una serie de reflexiones acerca de la “crisis de palabras”. De hecho, uno de los ejes de reflexión de las jornadas sobre la crisis de palabras organizadas por Espai en Blanc en 2009 fue el de “tomar la palabra”, claro antecedente del libro que ahora nos ocupa.

Tomarse la palabra es “interrumpir el dominio del espacio comunicativo, al irrumpir en él como una voz que se expone a sí misma y que apropiándose del discurso sacude los límites y el reparto del sentido” (p. 10). Según el análisis de Galán, el espacio comunicativo no es un espacio neutro, sino la delimitación de sentido que el poder establece mediante la conexión y el control propios de las sociedades actuales. Así, a este régimen de control, corresponde un nuevo “régimen de discurso, esto es, una forma de hablar y comunicarse regida por principios y lógicas muy

determinadas” (p. 13). La característica esencial de este régimen consiste en su enorme capacidad de asimilación, es decir de integración de los discursos al “proceso de valorización capitalista” (p. 13).

El libro se divide en nueve capítulos que son “momentos” de la toma de palabra, experiencias, casos y reflexiones que van dando respuesta –y planteando nuevas preguntas– a las cuestiones contenidas en el título del libro: ¿Quién *se* toma la palabra?, ¿cómo?, ¿en qué escenarios?... El tema que articula estos ensayos es la relación entre lenguaje y política en diferentes ámbitos o situaciones en los que se produce una tensión insalvable entre la vida de los protagonistas y los mecanismos de poder.

Tras un primer capítulo muy breve, en el que todavía parece tantearse el terreno pero donde empiezan a aparecer las notas principales del libro, y entrevemos ya que se trata de un combate con y por el lenguaje en el que el sujeto se juega la vida en busca de una “falla” de la realidad, el capítulo 2, “Hablan porque están locos”, es una interpretación del mito de Prometeo siguiendo el motivo central del libro: la palabra no nos viene dada por los dioses, sino que *se toma* de ellos, como Prometeo tomó el fuego. Así, el nacimiento del lenguaje tendría más que ver con la violencia y la “subversión” que con el relato bíblico. Y también con la locura, la cual le hace hablar a Prometeo: habla porque está loco. Esta relación entre lenguaje y “locura” (o, de otro modo, “síntoma”) es recurrente en el libro, como veremos. A partir de esta interesante reinterpretación del mito, se aventura el autor a una discusión con Heidegger que necesitaría más desarrollo, pero que apunta a una crítica del concepto heideggeriano de “serenidad” en relación con el pensamiento, el cual para el autor será un gesto radical y desafiante, entre la locura y la ley, entre el grito y la institución.

El siguiente capítulo es “Psicoanálisis y democracia”, donde en forma de carta a un amigo se trata de explorar las relaciones entre psicoanálisis y política. La tesis central es que ambos suponen una escenografía –la del ejercicio psicoanalítico y la de la asamblea– en la que el lenguaje cobra una fuerza liberadora, de forma que “el deseo con el que cruzamos la puerta del psicoanalista es el mismo por el que acudimos a la llamada

de la asamblea” (p. 41). Según Galán, el psicoanálisis “funciona” porque pone en escena aquello que estaba silenciado, la “voz tachada”. Esta voz se relaciona con el “síntoma”, que el autor describe como un “lugar” –diríamos que simbólico– donde la voz silenciada se presenta y dice “aquí estoy”, interrumpiendo el curso normalizado de las cosas, el flujo automático del discurso y la conexión perpetua. He ahí el carácter político del psicoanálisis, pues “lo político” –a diferencia de “la política”– es “aquello que interfiere y cuestiona el juego, que suspende el régimen de la realidad” (p. 44). Asimismo, la asamblea es el lugar por excelencia de “lo político”, donde surge una voz que, más allá de las opiniones, dice “aquí estamos” y deja hablar al malestar. El carácter político del psicoanálisis es el carácter “terapéutico” de la asamblea.

Será precisamente una experiencia asamblearia única la que se recoja en el capítulo 4, “Cualquier día es el primero. Albalate, 1928”, donde Galán se adentra, motivado por la película de Ken Loach, *Tierra y Libertad*, en los procesos de colectivización que se dieron en un pueblo aragonés en el periodo 1928-1938. Para ello toma testimonios de los protagonistas, obtenidos del libro *Pasado compartido. Memorias de anarcosindicalistas de Albalate de Cinca, 1928-1938*, y a partir de los cuales va comprendiendo, desde la cercanía de las voces, un proceso ignorado por la Historia oficial o idealizado por la retórica revolucionaria. Un punto fundamental que el autor comprende de los testimonios es que el espacio político no es otro que “nuestras vidas” (p. 55), con lo que una vez más la inmanencia de lo político se contrapone a la abstracción de la política. Y, de nuevo, lo político es discurso, “elocuencia” e incluso canto: “Cuando nuestras vidas se apropian de sí mismas lo hacen cantando. Tomarse la palabra es echarse a cantar” (p. 56). Aquí el autor, también músico, hace una analogía entre acontecimiento y canto, que es expresión del goce y de la herida. Si pensamos en la ausencia del canto en la cotidianidad de la sociedad actual, podemos darnos cuenta del sentido profundo de esa analogía: “Apagada *nuestra* voz, no volverá a cantarse de esa manera. La clausura política de nuestras vidas bloquea la posibilidad de que cante-

mos juntos” (p. 58). Pero si el canto es la cadencia propia del acontecimiento, en este caso acontecimiento revolucionario, la *declaración* será el “corazón político de su palabra” (p. 61), es decir el acto por el cual la palabra se materializa y se enfrenta a la realidad. Entonces *tomarse la palabra* será interrumpir, en primer lugar, el funcionamiento mercantil de la sociedad y la concepción del tiempo ligada a éste, es decir, el dinero y el trabajo. Por eso los representantes de la política del orden no podían permitir que la irrupción de lo político durara en Albalate.

Sin embargo, lo político y su palabra irrumpen una y otra vez, en formas y tiempos diferentes. En el siguiente capítulo, “Nosotros, los afectados”, se parte de un texto de la Asamblea de afectados por el 11-M (es decir, el 11 de marzo de 2004, en referencia al ataque terrorista en varios trenes de Madrid), el cual no aparece en el libro, pero al que Galán alude como una lectura de las que “dejan huella” (p. 69). Lo que pone al descubierto el 11-M para los afectados, y de una forma brutal, es “el atributo esencial del hombre anónimo: se le puede matar” (p. 70), como señala Galán en clara referencia al “homo sacer” de Agamben. De ahí que la frase “Todos íbamos en ese tren” no sea el eslogan espectacular que cierra filas en torno a la víctima, sino el reconocimiento de una condición común. Por eso la importancia de sustituir “víctimas”, concepto impuesto y gestionable, por “afectados”, que trata de poner en juego el “síntoma”, de dar voz a la herida. El daño y el duelo dan lugar a un proceso de “comunización” –neologismo cuestionable y que no convence ni al propio autor, pero al que da uso–, que consiste en “asumir que en la catástrofe de la realidad y cuando ya no puedes negociar por tu cuenta una compensación [...] la única salida solo puede provenir del Otro” (p. 73). La comunización, así, es “politizarse”, romper el consenso, tomarse por fin la palabra.

En el capítulo 6, Galán vuelve al diálogo con la historia para hablar de revolución y discurso. Se trata, en concreto, de analizar el discurso durante la Revolución Francesa, cuyo horizonte, remarca el autor, no podemos dejar atrás. En ella –como en cualquier revolución– se pone en

juego “el desafío político de la modernidad”: “cómo hacer lo que decimos, cómo decir lo que hacemos, cómo ser realmente nosotros” (p. 81). Es decir que la revolución enfrenta y se hace cargo de la crisis de palabras, hasta el punto de que el enfrentamiento entre el poder constituido y las asambleas populares es también un enfrentamiento discursivo: “Es ahí donde tiene lugar la experiencia esencialmente revolucionaria del discurso, a saber, elaborar por nosotros mismos el sentido de lo que pasa, al producirlo en común, de viva voz y en público” (pp. 85-86). De viva voz, en efecto, pues el enfrentamiento discursivo se produce también entre la escritura y la oralidad, por la relación que hay entre democracia y oralidad y entre poder y escritura. Sin embargo, las producciones escritas de los revolucionarios fueron numerosas. Surgen así tres preguntas fundamentales: “¿Cómo se hace ‘hablar’ a la escritura? ¿De qué modo se consigue que ‘intervenga’? ¿Qué significa en términos políticos una escritura que hable?” (p. 89). Esta tensión oralidad-escritura es uno de los aspectos que mejor explican el nuevo espacio político abierto por la revolución, como vemos en la figura del *porte-parole* o porta-discurso. Al igual que los protagonistas de la colectivización de Albalate, los revolucionarios franceses expresan y dan sentido a lo que pasa, sin mediaciones ni renuncias, diciendo lo que hacen y haciendo lo que dicen.

Si el capítulo 6 termina aludiendo al joven Marx como uno de los que escucharía el eco del discurso revolucionario del XVIII francés, el siguiente capítulo trata sobre trabajo, síntoma y discurso en los primeros textos del filósofo alemán. Galán se detiene en la forma del “yo hablo”, cuyo emisor es por una parte el Ciudadano y por otra el Hombre, en ambos casos categorías trascendentales mediadas por el Derecho. Pero los casos analizados en los capítulos anteriores suponen precisamente una alteración del principio del “yo hablo”, en la medida en que son “modos de producir sentido que desafían cualquier estructura de dominio” (p. 112); ahí ya no hablan ni el Ciudadano ni el Hombre, sino la vida politizada, cuya falta se manifiesta en lo que Marx llama “dolencia social”, interpretada por Galán como “la angustia de que esa vida nuestra no

logre hablar por sí misma, no pueda tomarse la palabra para expresarse como lo que realmente es: una vida política. He ahí el síntoma” (p. 115). Y como se decía a propósito del psicoanálisis, el síntoma es el punto de quiebre de la realidad —de su sinrazón— y en él se halla la posibilidad misma de la “subversión”, esto es, decir lo que no puede decirse: todo aquello que nos vincula necesariamente con el capital. Frente al “régimen discursivo del ciudadano y los derechos” (p. 122), de las mercancías, hablan los “afectados”.

Ahora bien, ¿cómo enfrentar ese régimen discursivo en los tiempos de la “infoesfera”? En el capítulo 8, “Las redes, los cuerpos, la voz”, Galán reflexiona sobre internet y el “sujeto trastornado”, una relación que es también una colisión entre lo virtual y lo presencial, entre la Red y el cuerpo. La infoesfera no solo produce sentido, sino que además trastorna las dimensiones de espacio y tiempo, de forma que nuestra capacidad de asimilación se ve superada por un flujo informativo de dimensiones inabarcables que es un obstáculo para una verdadera comunicación: “El ritmo de nuestra comunicación, los límites del territorio político, imaginario y afectivo que intentamos compartir, ceden y se rompen arrastrados por el flujo mismo que los alimenta y que no podemos contener” (p. 129). En estas circunstancias, el autor encuentra, de modo muy sugerente y siguiendo el hilo de sus reflexiones previas, que el cuerpo es “el inconsciente de la infoesfera”, aquello que introduce en ella “un valor incomprensible: el sufrimiento, la infelicidad, la resistencia” (p. 130). Se trata entonces de plantear de nuevo qué puede, *políticamente*, un cuerpo. Y al igual que vimos en los casos de Albalate y de la Revolución Francesa, la voz es la materia que declara su presencia aquí y ahora, impostergable.

El libro de Galán, antes de cerrarse con una coda sobre “la escritura y el padre” —en una suerte de ejercicio psicoanalítico—, propone un “programa para la acción teórica”: “La asamblea del pensamiento”. La propuesta es del todo acorde con el análisis que se ha ido haciendo a lo largo del libro. Así, la asamblea del pensamiento aspira a dar sentido y voz a nuestras vidas desde la experiencia y el pensamiento, presencialmente, más

allá de la conexión perpetua y la movilización total; si la conmoción de la realidad es la que nos hace por fin hablar, el acto de habla debe conmocionar –interrumpir– la realidad. La asamblea del pensamiento supone, además, “compartir un ámbito de intimidad donde la reflexión nos exponga ante los otros y nos devuelva la fuerza de ser sujetos” (p. 141), donde asoma de nuevo el carácter “terapéutico” de lo político, al margen del binarismo privacidad-espectáculo. Por lo demás, de la declaración de la asamblea puede destacarse el rechazo al sectarismo ideológico –“Escucho todas las verdades”– y la honestidad a la hora de plantear problemas como el de la contradicción entre la crítica pública de la realidad y la conformidad privada respecto a la misma.

*Tomarse la palabra* es un libro muy apegado a la oralidad, la discusión y el pensamiento con los otros. Como se decía al principio, esto debe entenderse en el contexto de las actividades de Espai en Blanc. “Los otros” también son lecturas, por supuesto; Lacan, Deleuze, Agamben, Marx... aparecen de forma más o menos explícita, pero siempre con el cuidado de no cargar el texto con citas y referencias que nos desvíen de la voz que trata de hablar aquí, la voz que trata de no ser capturada por un régimen discursivo en el que todas las voces se disuelven en la “infoesfera”. Wenceslao Galán muestra además una escucha atenta del síntoma, entendido como ese malestar silenciado por las relaciones sociales mercantilizadas; un malestar, sin embargo, que ya rompe a expresarse, que ya busca cómo. Podemos leer varias y profundas teorías acerca del síntoma, pero aquí es el síntoma el que habla, y ese es quizás su mayor logro. Tenemos por tanto un “arma crítica” para pensar lo político desde una perspectiva que lo haga de nuevo apasionante, en tiempos en los que la política se ha convertido en la cara más aburrida del entretenimiento. Si se trata de un libro que viene en parte de la discusión grupal, es ahí donde debe volver, donde sus aciertos serán quizá aprovechados para tomarse la palabra.

